

Catolicismo: forjador de identidad

Leticia Ruano
Universidad de Guadalajara

Introducción

El catolicismo ha sido una forma de generar en nuestra sociedad formas de identificación y de diferencia. En este artículo pretendo abordar solo aspectos de esta complejidad social, cultural y religiosa desde tres caracteres del mismo: la dimensión popular, la oficial y el llamado catolicismo social. En un primer apartado describo generalidades sobre los tres caracteres mencionados; enseguida trato cuestiones relacionadas con el catolicismo social mexicano.

Estas dos partes son el preámbulo para aproximarme a las condiciones particulares de dos familias católicas de la Capilla de Jesús en la zona centro de Guadalajara, propósito del tercer apartado de este escrito. He seleccionado los casos de las familias de María Dolores Rivera Ramos y de María Luisa López Pantoja, por la riqueza de los relatos de estas dos mujeres respecto de vivencias relacionadas con la cultura católica y con los tres tipos de catolicismo ya mencionados. Retomo la construcción de la identidad católica desde cuestiones instituidas-reconfiguradas tanto jerárquicamente como en los espacios cotidianos.

Entre catolicismos

En los albores y durante el siglo veinte en México, las dos instituciones que pugnaron por el poder social y el dominio de las conciencias fueron la Iglesia católica y el Estado mexicano. Una vez que las fuerzas revolucionarias concluyeron el conflicto armado, la

facción triunfadora dirigió el gobierno civil y la política nacional. Ambas instituciones —la religiosa y la civil— buscaron ideologizar a los individuos de la sociedad mediante dos proyectos divergentes: por un lado los tradicionales recursos formativos y rituales de la doctrina del catolicismo y, por otro, la política de laicización del Estado moderno.

Tal contexto histórico dio sentido a la permanencia y al cambio de la identidad del catolicismo mexicano en sus tres caracteres. La innovación estuvo en la organización del movimiento del catolicismo social mexicano, con la continuidad de los rasgos populares y oficiales. Así que en las dinámicas y procesos sociopolíticos, las correlaciones de fuerzas históricas, las representaciones socioculturales, las clasificaciones sociales y los conflictos de intereses ideológicos, se generaron las identificaciones y las diferencias de los individuos y de los grupos. Pero además, en el espacio y en el tiempo se delimitaron y confirmaron las semejanzas del colectivo. De manera que la identidad es una construcción, un proceso, una práctica y un producto complejos y activos de relaciones históricamente situadas.¹

En Jalisco durante las décadas de los años veinte y treinta del siglo pasado, frente al centralismo histórico del sistema político mexicano surgido de la revolución mexicana, se generaron regionalismos políticos y religiosos representados por el zunismo, por el catolicismo social, por la rebelión cristera y el sinarquismo. Conjuntamente, la fuerza del catolicismo en esta zona de la República, se materializó en las prácticas socio-religiosas realizadas en la esfera pública. De tal forma que la religión fue un eje en su sistema local de defensa en contra del Estado revolucionario.

La devoción hacia la religión católica por parte de los habitantes de Jalisco, ha sido un rasgo característico de la resistencia frente al poder secular. El catolicismo en Jalisco ha sido tanto popular como oficial, aunque en el primer caso no siempre separado de la jerarquía eclesiástica.² Asimismo, el desarrollo y

1. Ver Gilberto Giménez. "Cambios de identidad y cambios de profesión religiosa". Guillermo Bonfil Batalla (coord.). *Nuevas identidades culturales en México*. México: CONACULTA, 1993, pp. 26-27. John Comaroff y Jean Comaroff. *Ethnography and the historical imagination*. Boulder: Westview Press, 1992, pp. 51-66.
2. Patricia Fortuny Loret de Mola. "Religion in the centre-periphery relationship". *On the road of Damascus: Pentecostals, Jehovah's Witness and Mormons in Mexico*. Gran Bretaña: University College London, 1995. [Tesis de doctorado]

3. Ver Comaroff y Comaroff, *op. cit.* Giménez, *op. cit.* John Comaroff, "Ethnicity, nationalism and the politics of difference in an age of revolution". Wilmsen Edwin N. y McAllister Patrick, *The politics of difference. Ethnic premises in a world of power.* University of Chicago Press, 1996. Eric Hobsbawm, "La política de la identidad y la izquierda", *Nexos*, México, núm. 24, agosto de 1996. Tilman Evers, "Identidad: la faz oculta de los nuevos movimientos sociales", *Punto de vista*, año VII, núm. 25, 1985.

auge del programa y movimiento conocido como catolicismo social mexicano cobró impulso y fuerza en el occidente de México, sobre todo a partir del arzobispado de Francisco Orozco y Jiménez (1913-1936); movimiento que permaneció y se renovó en sus rasgos con el cardenal José Garibi Rivera (1936-1972).

Con referencia al conflicto catolicismo vs. laicización, región vs. centro, Iglesia católica vs. Estado, puedo confirmar que las identificaciones y oposiciones se generaron en el contexto de las relaciones históricamente construidas.³ Razón por la que los procesos y las posiciones sociales dieron carácter permanente y variable a la identidad católica y propiciaron diversidad en la unidad contraponiéndose a un todo homogéneo y monolítico.

Si bien ha existido una identidad matriz del catolicismo, en su interior se han dado diferencias o subidentidades como son aquéllas derivadas, por ejemplo, de los catolicismos popular, oficial y social. La confluencia de estos tres caracteres da contenido a sus manifestaciones católicas, pero a su interior, además, confirman diferencias en sus usos y creencias. En la entidad los tres elementos han caracterizado la cultura católica de estos creyentes.

El catolicismo popular se ha manifestado a través de las prácticas sociales de los católicos en la esfera pública, constituyéndose una serie de rituales colectivos e individuales, como por ejemplo las peregrinaciones. El catolicismo popular se refiere a cómo cierto sector social, sobre todo las mayorías subordinadas, asume las creencias y prácticas religiosas. Por su parte, el catolicismo oficial se da por medio de los sacramentos tales como el bautismo, la confirmación, la primera comunión, el matrimonio y las misas; en virtud de los cuales se establece una determinada relación entre los sacerdotes y los fieles. Pero además, el catolicismo oficial, bajo la dirección del clero, está representado en las organizaciones laicas, como fue el caso de la Acción Católica Mexicana (ACM). Sin embargo, en Guadalajara, ambos tipos de

catolicismo —el popular y el oficial— han sido dirigidos y apoyados por los curas.⁴ El catolicismo oficial promovió a su vez el surgimiento del catolicismo social mexicano.

Guadalajara, ubicada en la región centro-occidente de México, ha mostrado la más baja disidencia religiosa en el país (1.4%).⁵ Se ha caracterizado también por poseer una forma más ortodoxa de catolicismo, una identidad católica-cultural como confrontación política respecto del centro y del Estado, asimismo por brindar apoyo al partido de centro-derecha Acción Nacional (PAN).⁶ En la historia de Guadalajara, la religión católica ha sido medular en la organización social y cultural, lo que ha dado sentido a la cultura católica.

Categoría entendida como los principios normativos y un

subsistema de símbolos y valores que se derivan de la doctrina cristiana, es decir de las enseñanzas de Cristo; esto es, una serie de rituales y prácticas individuales y colectivas tales como novenas, rosarios, procesiones, creencias en milagros de santos y vírgenes.⁷

Los principios del catolicismo moldearon las formas de organización social⁸ en nuestra sociedad mexicana. El concepto de cultura católica se refiere a la estructura tradicional que funciona a través de una serie de símbolos y valores arraigados entre los habitantes.⁹ Entonces, por cultura católica entiendo la expresión de los principios evangélicos —por ejemplo sacramentos, virtudes vs. pecados y mandamientos—, los significados que dan las personas sobre las creencias interiorizadas y practicadas, y la materialización de un tipo de relación tradicional entre los miembros del grupo.

Las creencias católicas dan cuenta de lo que la gente percibe en su vida cotidiana, de las costumbres, de la forma en que se comportan las personas y de un tipo de moral.¹⁰ Como parte de la cultura católica, los individuos asumen las creencias sin ponerlas en tela de

4. Fortuny, *op. cit.*

5. En el periodo de 1950 a 1990 fue el crecimiento en números relativos más bajo. En la región el crecimiento de población protestante no ha alcanzado el 2%, mientras que en el país fue de 4.8% en 1990. *Idem.*

6. *Idem.*

7. José Eduardo Zárate Hernández. *Procesos de identidad, diferenciación étnica y globalización económica*. La región del Llano Grande en el sur de Jalisco. Guadalajara: CIESAS Occidente-Universidad de Guadalajara, 1995, p. 92. [Tesis de doctorado]

8. *Ibid.*, p. 94.

9. Fortuny, *op. cit.*

10. Lourdes Arizpe. *Cultura y desarrollo*. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana. México: UNAM-Miguel Ángel Porrúa-El Colegio de México, 1989, p. 17.

11. *Ibid.*, pp. 32-33.

12. *Ibid.*, pp. 38-39.

13. Zárate, *op. cit.*, p. 93.

14. *Ibid.*, p. 94.

juicio y son un acto de fe.¹¹ Al ser la cultura católica una vertiente de la cultura mexicana conservadora, la catequesis oficial ha buscado uniformar ideológicamente el sistema de creencias en México.¹² La cultura católica ha estado arraigada en un orden social, en donde se destaca “el respeto a las jerarquías (hijos a padres, mujeres a hombres), el reconocimiento del lugar de los intermediarios (sacerdotes, santos y vírgenes), y la obligación de regresar cualquier favor recibido”.¹³

Estos elementos cobraron forma en la vida diaria de las familias tapatías, como son las de los Rivera Ramos y López Pantoja. Las peticiones y los milagros que narra, por ejemplo, María Luisa —y que más adelante anoto—, representan “una estructura de significaciones de los eventos mismos donde personas concretas se hayan involucradas”.¹⁴ Es una relación en la que se estableció una articulación entre las necesidades que se tenían y las plegarias que se hacían para obtener una solución, y al tenerla se estableció el arraigo de este tipo de creencias y un compromiso como creyente para seguir fomentando su fe y para vivir como católico. Las vivencias populares en las familias católicas favorecieron el fomento de rasgos del catolicismo popular, oficial y en algunos casos el impulso a la participación militante.

El catolicismo social mexicano

Además de los aspectos internos del catolicismo, la identidad católica surge también por las oposiciones establecidas con procesos sociales resultantes de la laicización. Esta relación antagónica se entiende como interactiva en el proceso histórico mexicano. Hablar de catolicismo social mexicano es volver la mirada a la activación militante impulsada por la Iglesia a lo largo del siglo xx. A través de sus organismos, la institución religiosa impactó a la sociedad en diferentes niveles del escenario público nacional, regional y local. Así como en diversos sectores sociales tales como

obreros, campesinos, comerciantes, profesionistas y empresarios. Incluso se constituyó en un corto tiempo (1911-1914) una opción partidista católica, como fue el caso del Partido Católico Nacional (PCN).

Los militantes católicos integrados al catolicismo social nutrieron su pensamiento y acción, sobre todo, con los lineamientos propuestos por León XIII en el programa y la Doctrina Social de la Iglesia.¹⁵ De aquí que el objetivo central era interpretar las realidades sociales del momento, conforme con las orientaciones de la enseñanza del evangelio para definir el comportamiento del cristiano.

Los organismos católicos se constituyeron en el intermediario combativo de la Iglesia. En un primer estadio como resistencia a las disposiciones legales en materia de culto y en un segundo periodo como contraposición a los intentos secularizantes, como por ejemplo la educación laica, la racionalista, la nacional, las misiones culturales y más tarde el socialismo educativo. Esta situación condujo a una toma de conciencia socio-religiosa por parte de los activistas del catolicismo social mexicano, quienes constituyeron el escudo frente al Estado laico y los gobiernos civiles. Estos creyentes se reconocían a sí mismos como los ejecutores del cambio en el orden social, desde una moralización católica de la sociedad.

Ahora bien, aunque los problemas sociales fueron abordados por uno u otro actor en México, los católicos mostraron un antagonismo hacia la concepción estatal en aspectos como el agrarismo, la educación, el derecho de asociación y la libertad de expresión. Los mismos condujeron a que la Iglesia y sus católicos organizados dirigieran sus objetivos cívico-religiosos hacia la "cuestión social". Es decir, una acción directa sobre la comunidad a través de la prensa, la escuela, el teatro, las campañas contra la embriaguez, los círculos de estudio, los partidos políticos, las uniones profesionales, los trabajadores, los jóvenes e incluso las amas de casa y los niños.

15. La Doctrina Social de la Iglesia ha sido una construcción a través de diferentes pontificados, desde León XIII hasta Pío XII, y aún posterior a este Papa. Ver, Pedro Jesús Lasanta. *Doctrina Social de la Iglesia*. Madrid: Libros MC, 1992.

16. Manuel Ceballos Ramírez. *El sindicalismo católico en México, 1919-1931*. México: IMDOSOC, 1988 (Col. Diálogo y Autocrítica, 9), p. 7.

17. Giménez cit. por Patricia Fortuny Loret de Mola. "Lo religioso, núcleo de la identidad en los conversos", Elio Masferrer Kan (coord.), *Sectas o Iglesias. Viejas y nuevas religiones*. México: ALER-PyV, 1998, p. 127. Peter L. Berger y Thomas Luckmann. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1986. Comaroff y Comaroff, *op. cit.*, pp. 51-66.

El catolicismo social en su primera etapa (desde la última década del siglo XIX hasta antes de la Cristiada), se materializó en las siguientes organizaciones nacionales con filiales en las regiones: la Unión de Damas Católicas, la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, la Orden de los Caballeros de Colón y la Confederación Nacional Católica del Trabajo.¹⁶ Esta última tuvo importancia sobre todo en ciudades como Guadalajara, Puebla, Morelia, Zamora, León, México y Zacatecas (centro y occidente del país).

El panorama cambió con la lucha armada durante la presidencia de Plutarco Elías Calles. La radicalización de la intransigencia y la intolerancia por ambas partes, Iglesia y Estado, conllevó al enfrentamiento entre los cristeros y el ejército durante 1926-1929. La guerra cristera fue finalmente un paréntesis en el desarrollo del catolicismo social mexicano, pero sobre todo fue una llamada de atención a las jerarquías religiosas y políticas. A partir de 1929 y hasta mediados de los sesenta, entramos a otra etapa del catolicismo social mexicano, caracterizado por una posición más elitista y selectiva y con una participación más relajada en el campo social y político que, sin embargo, permitió a la Iglesia consolidar su fuerza política y social hacia mediados del siglo pasado. En una relación interactiva, los individuos católicos y otros sujetos sociales conformaron su *nosotros* y se diferenciaron de otros grupos y personas. De aquí que para el estudio de la identidad, la interacción social permite no aislar al *nosotros* del *alter*.¹⁷ En la segunda etapa, la organización representativa fue la Acción Católica Mexicana (ACM). Los rasgos integrales, moralizadores e intransigentes del movimiento fueron heredados a la memoria católica de sus militantes.

Dos familias católicas tapatías

En los espacios cotidianos los individuos interactúan, conviven, realizan sus actividades y configuran sus esquemas interpretativos a través de su socialización.

En la familia, en la comunidad parroquial y en la organización, al sujeto se le instituyen formas de ser que son enriquecidas en los procesos individuales y colectivos de la vida cotidiana.

Experiencias singulares, como son los casos de las dos familias católicas que presento aquí, contribuyen al conocimiento de la manera en que asumieron su identidad, de cómo la encarnaron en prácticas concretas y le dieron sentido desde su hacer, creer y pensar. Además de que ambos casos son valiosos porque *grosso modo* favorecen el acercamiento a la amalgama de tres expresiones del catolicismo mexicano: el popular, el oficial y el social. La religión y la Iglesia son orientadoras en la vida de los fieles; así como las creencias y los valores católicos son percibidos como garantía para la solución de necesidades, para el progreso y para el orden social.

Las familias de Lolita y María Luisa, aunque con sus propias especificidades, se integraron a un tipo de familia de Guadalajara y del estado de Jalisco, que definieron su manera de ser y de creer desde la cosmovisión de la cultura católica. En el catolicismo mexicano, la religión y la familia han representado dos instituciones que imponen o instituyen formas de pensar y de actuar en la defensa de sus principios y valores. Por esta razón, la cultura católica de estas dos familias permite la construcción de una identidad familiar que se integra a una más amplia, la del catolicismo mexicano. Las familias conservadoras tapatías, caracterizadas por tener una relación patriarcal y jerárquica, establecieron una interacción permanente con la Iglesia católica, con sus ministros y sus prácticas religiosas.

En las familias de ambas informantes, la religión condicionó, dispuso y predispuso en la toma de decisiones de cada uno de sus integrantes en su vida personal, familiar, comunitaria y social. La forma de ser católicos de los López Pantoja y de los Rivera Ramos se fundamentó tanto en su prácticas y costumbres tradicionales católicas, como en el tipo de

socialización enmarcada ideológicamente en los códigos dictados por la doctrina católica respecto de la vida cotidiana.

Así, una mentalidad católica implica no sólo aspectos religiosos, sino sobre todo maneras de ver el mundo social, político y cultural. Entonces, cuando los elementos religiosos se arraigaron en la forma sociocultural de ser de estas familias, el catolicismo pasó de ser religión a ser parte de la cultura dominante entre estos individuos.

Las familias sujetos de este estudio, establecieron en su interior relaciones de poder tanto entre los padres e hijos, como entre mujeres y hombres. Se reconocieron a sí mismas como parte de una comunidad católica, en la que se reprodujo el interés ideológico basado en la percepción de que una familia con principios y normas católicos favorecía al orden y progreso social. El sentido universal de la Iglesia católica y su religión, orientó las creencias y prácticas de creyentes como Lolita y María Luisa.

En la parroquia de la Capilla de Jesús –zona habitacional de las informantes–, las “buenas” familias católicas tenían un prestigio en la comunidad. La participación de algunos de sus miembros en diferentes organismos de laicos, les daba cierto *status* al interior de la parroquia, como parte de las tareas de ayuda que prestaban al sacerdote en la cristianización. La autoridad de los líderes laicos organizados por la institución eclesiástica, era reconocida tanto por las familias católicas como por los diferentes individuos que se sumaban a la labor apostólica.

La familia Rivera Ramos funcionaba mediante un sistema de normas que incluían las religiosas como un elemento central en la integración familiar, por ejemplo asistir a misa. La religión, “pues ha sido la unión, esa unión que ha habido siempre entre todos nosotros por los principios que infundieron nuestros padres, nuestros abuelos”.¹⁸ Una de las primeras anotaciones que hace Lolita sobre su familia es que

18. Entrevista con María Dolores Rivera Ramos, realizada por Leticia Ruano en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, 1999.

pues mira, bendito sea Dios que nació en una familia católica. Tengo un tío sacerdote y dos primos hermanos sacerdotes. Pues sí, sí realmente éramos una familia católica. Todos los días el rosario, nuestra oración sin fallar. Y los rosarios de la Virgen de Guadalupe, [acto al que iba] la familia completita, al Santuario. A misa cada quien iba, el viernes primero, todos; al catecismo y ejercicios espirituales, también todos; a la doctrina, todos; a ofrecer flores y en diciembre a los pastorcitos, todos.¹⁹

19. *Idem.*

Más allá del templo, tanto en su casa como en el colegio, se implementaron estas prácticas y conocimiento religioso, porque “ya de grandes los íbamos a necesitar, porque muchas iban a ser mamás, tenían que enseñar a los niños. Y luego las que íbamos a trabajar en la escuela particular, a lo mejor teníamos clase de religión”.²⁰ Además, sus recuerdos familiares están marcados, en gran medida, por sucesos relacionados con la defensa religiosa. Por ejemplo, Lolita tiene presente que sus padres se casaron en la casa de los abuelos, entre Herrera y Cairo y Manuel Acuña, debido a la situación particular derivada del conflicto de la Cristiada.

20. *Idem.*

A esta remembranza, se agrega una más relacionada con su bautismo en una casa de la colonia Roma en la ciudad de México, debido a que los templos estaban cerrados al culto.²¹ De hecho hubo experiencias muy cercanas, porque Antonio Ramos, uno de sus tíos maternos, salió de Guadalajara y se escondió durante esta rebelión. También su madre tuvo su versión sobre lo acontecido, Lolita cuenta así:

21. Nota realizada por su padre en el álbum de Lolita. Archivo personal de María Dolores Rivera Ramos.

Mi mamá pertenecía a un grupito que se reunía en [el sanatorio de] la Beata Margarita, entonces ese grupo de muchachas entraron a la defensa cuando entró el Ejército a tomar el [templo del] Refugio. Iban saliendo los chamaquitos del catecismo, entre ellos el que tiempo después fue sacerdote, Raúl [Navarro Ramos] ... quien para ir al catecismo atravesaba nada más la calle allí. Entonces ellos se dieron cuenta de que al salir del catecismo estaban ya las tropas por entrar, así que estos chamaquitos fueron los que dieron aviso acá a la parroquia.²²

22. Entrevista con María Dolores Rivera ...

Los sucesos derivados del conflicto cristero, constituyen un referente importante en la memoria católica. En el caso de Lolita fue un hecho histórico en el que estuvieron directamente involucrados familiares y conocidos, en el caso de María Luisa es más bien una concepción heredada. A ambas informantes, les resulta muy significativo cómo los creyentes recrearon en sus espacios privados los actos que cotidianamente eran llevados a cabo en los templos.

Por su parte, la forma de ser católicos de los miembros de la familia López Pantoja, integró cuatro aspectos fundamentales, esto es, las costumbres religiosas, las normas que orientaron el comportamiento de sus miembros, las creencias en su vida cotidiana y los valores. Según los recuerdos familiares y los de María Luisa, sus generaciones antecesoras siempre fueron católicas. De hecho, María Luisa vio en sus padres creyentes convencidos en educar a sus hijos en la fe religiosa, factor que se tradujo cuando tres de ellos se afiliaron a una organización católica, dos mujeres a la ACM y un hombre a la Congregación de San José de Gracia.

Entre sus costumbres y normas religiosas estaba comulgar cada mes, asistir a misa los domingos y viernes primeros, a las celebraciones de semana santa, de diciembre, a las fiestas de la parroquia, al catecismo y a los ejercicios espirituales. De jóvenes, los tres hijos activistas enseñaron catecismo. En esta familia existía la exigencia de rezar diariamente el rosario: "¡Ay Dios santo, pero era una ley en forma! Y luego otra cosa, si alguien decía una palabra, se reía, o se interrumpía el rezo del rosario, empieza otra vez, no importaba si fuéramos casi terminando el rosario".²³

Como parte de las creencias familiares estaban las peticiones y los milagros, es decir, se invocaba a los santos ante alguna necesidad real y cotidiana. Por ejemplo, la madre de María Luisa les pedía cada día a los santos -a Martín de Porres y a Judas Tadeo- su ayuda para que le resolvieran diferentes necesidades.

23. Entrevista con María Luisa López Pantoja, realizada por Leticia Ruano en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, 1999.

A un lado de la estufa o mientras realizaba algún quehacer doméstico, invocaba a la Virgen para que les fuera mejor. En una ocasión que se quedó sin tortillas, pidió que le ayudaran porque sus hijos regresarían del trabajo para comer en su casa. Por casualidad, una prima de María Luisa, vino de La Manzanilla a la ciudad con varios kilos de tortillas pues había escuchado que no había en Guadalajara, así que se dio ¡un milagro!²⁴

24. *Idem.*

También María Luisa vivió este tipo de experiencias, en un momento posterior a 1965, al fracasar su negocio y encontrarse totalmente endeudada. Entonces pidió a San Cayetano que le ayudara a vender su tienda, y precisamente su petición la realizó el día de este Santo, “ese día que dije, ese día la vendí ... se me hizo el milagro”.²⁵ Otro caso fue a su regreso de Estados Unidos (1990), al saber que el señor cura de la Capilla de Jesús necesitaba a una persona que limpiara el templo. Aunque María Luisa no tenía necesidad económica ni la intención de colaborar con la parroquia, sucedió algo que le hizo cambiar de opinión. Un día María Luisa se encontraba desayunando y sintió “un impulso tan fuerte que dejé de comer, Dios me mandó volando”²⁶ a la parroquia. María Luisa entendió que la limpieza del templo era parte de su apostolado.

25. *Idem.*26. *Idem.*

Las experiencias familiares y personales –narradas brevemente– materializan la convergencia de aspectos relacionados con el catolicismo popular, con el oficial y con el catolicismo social mexicano, este último a través, por ejemplo, de la afiliación a la organización ACM, parteaguas en las vidas de Lolita y María Luisa.

Para cerrar: características de la identidad católica

Los caracteres popular, oficial y social definieron los rasgos permanentes y variables de la identidad católica a lo largo del siglo xx. Además de que en el tiempo la Iglesia católica adaptó su discurso y práctica social, moral y religiosa a los problemas del momento. Estas

tres dimensiones del catolicismo constituyeron la alternativa para agrupar a los creyentes y para reconstruir desde la organización y la Iglesia, las demandas de los derechos de la religión católica. En consecuencia, el tipo de concepción, de acción y de participación de los fieles y el laicado legitimaba la posición de la Iglesia como rectora de la moral y de la vida social entre los individuos, parte fundamental de la tradición ideológica y cultural del catolicismo.

La reproducción de los valores dominantes de la Iglesia, la apropiación del discurso intransigente, la tradición y cultura católica, marcaron la forma específica en que los militantes del catolicismo social reprodujeron los patrones morales atribuidos por la institución jerárquica. En la célula comunitaria se materializaban las funciones religiosas, formativas y las acciones sociales que llegaban a los rincones más íntimos de los católicos. En las interacciones cotidianas se recrearon y validaron las prácticas del catolicismo.

El contexto social cercano a las informantes, muestra cómo los individuos concretamente situados en un lugar en la sociedad y en momentos históricos determinados, fueron influenciados por factores más amplios y estructurantes: el catolicismo mexicano, el patrón tradicional de la relación entre géneros, la historia y la lucha de la Iglesia frente al Estado. Esto no significa que los sujetos no sean activos en los procesos cotidianos, por el contrario, tanto los intereses individuales como los colectivos contribuyen y confluyen en la configuración de semejanzas y diferencias. Los relatos de las informantes dan cuenta de las concepciones que un católico tiene sobre la familia y la religión y de cómo éstas representaciones individual-institucionales refuerzan el arraigo de una cultura católica entre las personas y en la comunidad.